

Testimonios de autores españoles de expresión francesa: exilio y experiencia concentracionaria

*M^a Carmen Molina Romero
Universidad de Granada*

Nuestro artículo se propone relacionar entre sí a dos autores del siglo XX, de origen español y de expresión francesa, que pasan por el exilio y la deportación como vivencia personal trasladada luego en la ficción. Comparten el haber vivido la traumática experiencia de la guerra civil española y el desgarramiento del exilio a otro país y a otra lengua, así como la adversidad de nuevos conflictos bélicos

Entre las filas de niños expulsados por la España caínica del 36-39 se encuentran los que se convirtieron, años más tarde, en escritores de renombre en la nueva patria vecina. Entre ellos, los madrileños Jorge Semprún y Michel del Castillo, nacidos respectivamente en 1923 y en 1933.

Estos escritores no han participado en el fenómeno de la Shoá como tal, término que ha acabado imponiéndose al de holocausto. La palabra Shoá¹ tiene sin duda respecto a esta última las ventajas de su brevedad, de su sonoridad, de lo enigmático, acompañado de un vago contenido histórico que alude a lo sagrado, al secreto de la divina providencia.

Los escritores citados no vivieron la experiencia del exterminio judío, solo la presenciaron de cerca y la relataron; cierto es que ambos reconocen poseer raíces judías reales o ficticias en la ascendencia familiar: Jorge Semprún evoca su abolengo chueta de descendiente de judíos conversos mallorquines; Michel del Castillo refiere el físico de su alter ego, en algunas de sus novelas y prólogos, describiendo su perfil y rasgos de judío a causa de un posible tatarabuelo materno, originario de la comarca de Motril

¹ - Acuñado en la ficción testimonial de Claude Lanzmann, se impuso después de las victorias israelíes de 1967. No debemos asimilar Shoá y deportación, como tampoco gueto, campos de concentración y campo de exterminio.

(Granada). Aún así, ni Semprún ni del Castillo fueron perseguidos como judíos por los nazis durante la ocupación francesa, aunque sí deportados.

De este modo exterminio y deportación se presentan como dos experiencias distintas pero históricamente superpuestas. La deportación se abate sobre los opositores del nazismo, sean estos alemanes o resistentes europeos, por sus actos o ideas, y cualesquiera que sean sus orígenes sociales o religión. El exterminio se concibe como el genocidio de la etnia hebraica y gitana. Hitler no desarrolla, en un primer momento, su sistema concentracionario pensando en los judíos, sino en disidentes y adversarios ideológicos con el fin de reeducar a comunistas y socialdemócratas. La deportación masiva de judíos y su confinación en esos mismos campos de concentración llegó algo más tarde, tras la noche de cristal en el 1938. Enseguida los judíos reciben un trato especialmente inhumano y se construirá un archipiélago de campos exterminio, principalmente en Polonia, concebidos como fabricas de la muerte y dotados con cámaras de gas. La experiencia concentracionaria de los marcados con la estrella de David se articula en torno a la selección continua para la muerte.

Si el deportado se caracteriza por tener compañeros casuales en su largo viaje, con los que entablan relaciones y amistades más o menos fuertes, los semitas son detenidos en familias y por comunidades enteras. Cuenta Jorge Semprún, deportado a Buchenwald en 1943 a causa de su activo papel activo en la resistencia francesa, que los mismos prisioneros no sabían que hubiera una diferencia de naturaleza entre los campos, sólo que unos eran de mayor o menor dureza que otros, desconociendo la existencia de los campos de exterminio como tales. Solo a partir de 1945 con la llegada de judíos procedentes sobre todo de Auschwitz, como Elie Wiesel, tuvieron conocimiento de esta realidad.

Dividiremos esta contribución en dos apartados dedicados a cada uno de estos autores franco-españoles para acercarnos a la experiencia concentracionaria expresada en clave de ficción a partir de una vivencia real.

1. Jorge Semprún : Del hombre comprometido al escritor de la memoria.

Jorge Semprún Maura pertenece a una gran casta de políticos con amplia representación en la escena española. En la saga familiar cuentan con al menos tres ministros destacados: su abuelo, Antonio Maura y Montaner, que ocupó en cinco ocasiones el cargo de Primer Ministro bajo el gobierno bajo Alfonso XIII; su tío Miguel

Maura lo fue de Gobernación con la IIª República; y el mismo Jorge Semprún de Cultura con el gobierno Felipe González (1988-1991). Por su parte, su padre, Jose Mª Semprún Gurrea, intelectual republicano, desempeñó el cargo de Gobernador Civil y más tarde Ministro del Gobierno de la República española en el exilio, durante los años de la guerra civil en la Haya.

Tras esta estancia en los Países Bajos, Jorge Semprún y su familia continúan su diáspora y se instalan en Francia, donde realiza estudios de filosofía en la Sorbona. Cuando el país sufre la ocupación alemana toma parte activa, como muchos otros españoles, en la resistencia y en el maquis, figurando como miembro del partido comunista español desde 1942. Ya desde estos años el autor se codea con la muerte; sin embargo, fue en el año 1943 cuando es detenido por la Gestapo, torturado y deportado a Alemania. En el campo de concentración de Buchenwald permanecerá de los 19 a los 21 años, hasta la liberación en abril de 1945. Esta experiencia de muerte lo marcará para siempre como ser humano, escritor y político.

Jorge Semprún recoge su experiencia concentracionaria en varios libros y es, sin duda, el escritor cuya obra está más marcada por el horror de la deportación. El Semprún superviviente del año 45 no se convertirá inmediatamente en escritor, será necesario un proceso de lenta maduración. Es cierto que ya desde niño albergaba la idea de relatar y de escribir pero sin duda nunca algo así. Al contrario que Primo Levi, para quien la escritura se convirtió enseguida en un revulsivo para volver a la vida, para Jorge Semprún la escritura representaba entonces todo lo contrario.

El rechazo natural a relatar el indecible horror de lo vivido es común en muchos de los supervivientes de los campos de concentración; ya que revivirlo en la escritura es como permanecer en la memoria de la muerte. Semprún presentía que este testimonio del espanto inhumano le conduciría inexorablemente al suicidio. Este periodo de amnesia voluntaria y necesaria se prolongó 13 años, hasta la publicación de *Le long voyage*. En sus sucesivas novelas, la experiencia concentracionaria ocupará zonas más o menos extensas del argumento (*L'évanouissement*, 1967, *Quel beau dimanche!*, 1980, *La Montagne blanche*, 1986), pero no fue hasta 1994 cuando vio la luz su famoso libro *La escritura o la vida*, en el que se conjugan por fin ambas palabras. Memoria y escritura reafirman el estrecho lazo que se teje entre la literatura y la vida que esta ha conseguido recomponer.

Pero hasta ese día en que Jorge Semprún decide empezar a escribir, el espectro del superviviente que regresó de Buchenwald necesitó un periodo de rehumanización y

de readaptación a la vida. Se volcó en una intensa actividad clandestina en España dentro del PCE, bajo diversas identidades ficticias² que harán aún más precaria si cabe su desestructurada identidad, solo recuperada a través de la literatura. La acción política se convierte así en una verdadera terapia, apoyada siempre en unos ideales revolucionarios y humanistas con los que pretende cambiar el mundo y que lo proyectan siempre hacia un mañana mejor. Su compromiso político fue primero el de activista, más tarde surgirá el de gran intelectual y memorialista del siglo XX.

En cualquier caso, y coincidiendo con su expulsión del PCE por disensiones internas en 1964, el hombre de acción deja paso al escritor y a una carrera literaria que hará de él uno de los más relevantes novelistas del último siglo. Una obra que lleva impresa la huella y la mirada de un testigo excepcional de la última y convulsa centuria y le otorgan la condición no sólo de escritor español o francés, sino también europeo. Jorge Semprún se mueve con facilidad entre la autobiografía, la novela y el ensayo, y entre la lengua francesa y española, siendo más numerosos los libros escritos en francés que en la propia lengua materna, a la que nunca renunció (*Autobiografía de Federico Sánchez*, 1977, *Veinte años y un día*, 2003) como tampoco a su nacionalidad.

La supervivencia de Semprún dependió, por tanto, primeramente del silencio pero más tarde de la escritura; solo tras el “olvido” sereno pudo recrear las sombras de los que regresaban para ser plasmadas literariamente. Aunque toda su obra está marcada por las dentelladas de la deportación, sólo evocaremos aquí sus novelas más representativas; aquellas cuyo eje central es la experiencia de deportado como *Le grand voyage*, *Quel beau dimanche!*, *l'Écriture ou la vie*, *La Montagne blanche*, *Le mort qu'il faut*.

En 1963, *Le grand voyage* le da a conocer internacionalmente. En este relato en primera persona. acompañamos al protagonista en el horrendo viaje de cinco días que realizó junto con otros 119 deportados, hacinados en un vagón de mercancías desde Francia al campo de concentración de Buchenwald. A lo largo del miserable trayecto, el narrador va abordando varias etapas de su vida; sus recuerdos se mezclan en su mente a punto de enloquecer —la guerra civil española, su paso por la resistencia francesa—, pero también los que vendrán después —la liberación del campo en el 45 y su posterior regreso a Francia.

² - Juan Larrea, Artigas o Federico Sánchez, que aparecerán luego también como nombre de algunos de sus personajes en la ficción.

Los prisioneros permanecen en pie durante su incierto viaje, sin espacio vital; no es ya la falta de comida y de agua sino la imposibilidad de poder moverse en los vagones. Exhaustos, el espacio claustrofóbico les arrebató la condición humana: deben dormir y hacer sus necesidades de pie; beber sus propios orines contra la deshidratación e incluso morir en esta posición, sin ni siquiera entonces poder llegar a caer al suelo. El narrador evoca cómo, durante su estancia en el campo, verá otros muchos trenes de mercancías llegar con prisioneros incluso en vagones descubiertos y en lo más crudo del invierno: en la estación de destino solo un bloque congelado del que tenían que extraer los cadáveres despegándolos, rebuscando algún inimaginable superviviente.

El narrador nos va descubriendo a medida que avanza el trayecto del +9mortífero tren, lo que será la vida en el campo de concentración, un lugar donde el ser humano es llevado al extremo de lo peor que hay en él pero también, a veces, de lo mejor que tiene. Trazando unas veces el retrato de seres capaces de robar un nimio trozo de pan negrozco a los más débiles, o de delatarlos para conseguirlo, aún sabiendo que sus vidas pendían de ese mísero hilo, pero también de aquellos otros capaces de compartirlo todo y de esa comunidad indestructible que se crea entre los deportados.

Les camps sont des situations limites, dans lesquelles se fait plus brutalement le clivage entre les hommes et les autres. Réellement, on n'avait pas besoin des camps pour savoir que l'homme est l'être capable du meilleur et du pire. (Semprún, 1964:72).

Un inigualable testimonio sobre la naturaleza humana su resistencia, a la falta de sueño, de alimento, al trabajo más duro, a su capacidad de olvido y de resiliencia, igualmente.

L'Écriture ou la Vie, novela de 1994, será rescrita hasta siete veces antes de ver la luz, y es sin duda un libro emblemático en la literatura de los campos de concentración nazis. Texto en la frontera de la vida y de la muerte por fin reconciliadas, en el que el autor lleva a cabo una reflexión sobre los 18 meses de encarcelación que padeció en Buchenwald, sobre la experiencia del mal supremo. y de la muerte vivida 50 años antes. El narrador habla de sus dudas y de sus dificultades para contar la muerte vivida hace 50 años y su preocupación por ser escuchado y comprendido. Su novela responde a dos preguntas fundamentales: cómo vivir cuando se vuelve de la muerte, de la nada y cómo escribir sobre ello.

Nada más llegar a Buchenwald, el protagonista recibe la protección de un preso alemán que escribió en su ficha de deportado, y a pesar de su obstinada negativa, en el

lugar de su verdadera profesión que era “estudiante”, la de estucador. Este pequeño detalle sin embargo le permite conservar la vida; pues los presos con oficios manuales mínimamente cualificados tenían más posibilidades de acabar en talleres. Buchenwald era así una primera etapa donde efectuar una selección entre los deportados. Sin esta indicación, hubiera sido reconducido al campo vecino de Dora –según Semprún a los nazis les gustaba poner nombre de mujer a los campos- donde las condiciones eran mucho más duras ya que trabajaban en subterráneos fabricando armas y cohetes V1 y V2 (Semprún, 1994: 382). Evitar Dora era, en ese momento para él, evitar la muerte segura.

En *La Écriture ou la vie* asistimos al torbellino de una memoria fragmentada en miles de escenas y anécdotas del campo: el sufrimiento, la tortura, los golpes, las humillaciones, la muerte de los amigos, digresiones acerca del alma humana, comentarios sobre Goethe, Hegel, Kant, Char, Rimbaud, Nietzsche, Schelling, Brecht, etc. hacen que este libro construido sobre una experiencia de muerte desprenda vida. Tampoco olvida el narrador durante su relato que la pequeña localidad alemana que se encuentra próxima al campo de Buchenwald es Weimar, la ciudad natal de Goethe, y ello le permitirá elevarse por encima de barbarie y del odio.

El primer capítulo de la novela titulado “Le regard”, es el momento de la liberación del campo: desde las primeras líneas aparece el horror reflejado en la mirada de los soldados aliados del tercer ejército de Patton que entran en Buchenwald para liberarlos el 11 de abril de 1945. Ese ojo horrorizado que mira, le devuelve su propia imagen aún más esperpéntica. La mirada del joven soldado americano permanece luego fija en los cadáveres que se amontonan a la entrada de los hornos, en la acumulación de cuerpos descarnados, amarillentos, retorcidos. Luego aparecerán los otros sentidos, primero el olfato y ese indescriptible y permanente olor a “chair brûlée” (a carne quemada) que se esparce por todas partes; más tarde el oído, un lugar mudo, sin pájaros, con el silencio pertinente de muerte, impenetrable y ensordecedor.

Tres días después el teniente Rosenfeld³, judío alemán naturalizado americano, que ha venido a combatir el nazismo abre las puertas del campo para obligar a que todos los habitantes Weimar lo visiten. La mayoría mujeres y niños, recorren los barracones y dependencias hasta llegar al crematorio, llorando y gritando que nada sabían. El

³ - Este personaje está inspirado en una persona real, llamada Rosenberg.

teniente, en un perfecto alemán, les acusa entonces de que no querer saber nada también es una forma de ser culpables.

Desde ese momento y para siempre, el mes de abril será para el protagonista una simbólica y diabólica fecha. El regreso de cada primavera se mezcla para Semprún, pero también para algunos de sus personajes, como el escritor Juan Larrea de *La Montagne blanche*, con la presencia de la muerte y del olor que esparcían aquellas nubes impalpables y blanquecinas de los hornos, un hedor evanescente pero imborrable, indescriptible entre todos los olores imaginables. Juan Larrea, nombre homónimo del poeta del 27, encarna en esta novela de 1986 al doble del autor; como él superviviente de la deportación aunque convencido de haber muerto en Buchenwald. Sus recuerdos sepultados en vida rompen el muro de contención como una marea, un fin de semana de abril en la campiña normanda, juntos a dos amigos, -otros dos artistas, un pintor y un director de cine- con vivencias similares. Ahogado en sus reminiscencias delicuescentes, encuentra refugio en el seno de las cercanas aguas del Sena asistiendo al suicidio en clave de ficción del protagonista-narrador- autor⁴

En 1980 con *Quel beau dimanche*, Semprún presenta de nuevo un alter-ego de sí mismo en la ficción; esta vez el superviviente de Buchenwald es Gérard, inmerso en una búsqueda identitaria. Se detiene en la imagen inenarrable de la llegada, un domingo de diciembre de 1944, de una compañía de judíos polacos deportados y el profundo sentimiento de derrota y desolación. La novela reflexiona sobre la muerte y la revolución por boca de este doble superviviente del nazismo y del estalinismo.

En *Le mort qu'il faut*, traducido en español como *Viviré con tu nombre, morirás con el mío*, también se sitúa en 1944 y relata las peripecias del joven español deportado de Francia con el nombre ficticio de Gérard Sorel. La propia organización comunista de los prisioneros en Buchenwald, alerta de que alto mando alemán se interesa por el prisionero llamado Jorge Semprún. Sus camaradas de partido deciden protegerlo haciéndolo pasar por François L., estudiante que agoniza en el barracón de los moribundos, conocido como el de los Musulmanes. El joven Jorge Semprún camuflado bajo la identidad de Gérard Sorel es uno de los cabecillas del PCE en el campo de concentración, y permanece junto al jergón donde agoniza François L. para usurpar su identidad. Pese a que el incidente quedará finalmente en una simple anécdota –el

⁴ - Cuando estaba escribiendo las primeras páginas *L'Écriture ou la vie* y coincidiendo con el aniversario de la liberación del Buchenwald (11 abril 1987), se enteró de la noticia del suicidio de Primo Levi. Semprún se propuso firmemente que acabaría de escribir su libro, pues pensaba que a él también el tiempo se le agotaba.

embajador español franquista de París, a petición de la familia Semprún que está sin noticias desde su deportación, intenta recabar algún tipo de información sobre él—, será suficiente para que sus propios camaradas de partido lleguen a desconfiar de él y de su ideología comunista.

Los textos de Jorge Semprún rezuman intertextualidad por los cuatro costados; abundan en anécdotas y reflexiones políticas, literarias y morales, dando lugar a una escritura rica en derivaciones que apela constantemente al arte y a la recreación estética como instrumento de transmutación del vil recuerdo.

2. Michel del Castillo: El niño abandonado y la infancia rota.

La obra de Michel del Castillo, muy cercana a la autobiografía, nace de la infancia de un niño que atraviesa dolorosamente el atormentado mundo de los adultos en guerra. Desde su nacimiento será la presa ideal de odios y rencores. La gran miseria de este autor es haber sido un niño sin infancia, perdido en el exilio, arrastrado del campo de concentración a inhumanos asilos de huérfanos.

Nacido la víspera de la guerra civil en el Madrid de 1933, de padre francés y madre española, pronto oirá no sólo el sonido de las disputas entre los adultos sino también el de los cañones a las puertas de su ciudad. En 1939, tras la victoria franquista, emprende camino junto a su fascinadora madre, periodista republicana, a Francia en busca refugio. Allí llevarán una precaria existencia de emigrados políticos; la denuncia, interpuesta por su padre biológico a principios de 1940, hace que los internen en un campo concentración para refugiados. Como numerosos de nuestros exiliados políticos, Michel de Castillo y su madre fueron detenidos y confinados en condiciones inhumanas en campos franceses. En concreto en el campo de concentración de Rieucros, cerca de Mende, donde se recluían a centenares de mujeres extranjeras y militantes políticas francesas.

Tras ser liberada la madre por razones de salud, dejará a su hijo en una granja al cuidado de unos campesinos que lo esconden. Cuando finalmente se produce la ocupación alemana, la madre abandona a su hijo a su suerte para poder huir a Londres más fácilmente. El niño será detenido y trasladado a París y de allí a Alemania donde de nuevo es recluido en otro campo de concentración, el de Mauthausen. El joven abogado alemán de ideas izquierdistas, Gunther, se ocupará del niño durante los largos meses de detención; le ayudará a sobrevivir en medio del frío, del hambre, del agotamiento, de lo

inhumano y, sobre todo, de la locura de haber perdido a su madre que le arrastra a la tentación de dejarse morir.

Con el final de la Segunda Guerra Mundial y apenas 12 años, Michel del Castillo recupera la libertad pero no será sino para sufrir un nuevo calvario de internamientos. Sin padre ni madre que lo reclamen, sin nadie que lo espere en Francia, regresa España buscando el rastro de su familia. Descubre que su abuela materna ha fallecido y debido a la estela política dejada por su madre es enviado a un reformatorio de menores dirigido por religiosos. En el Asilo Durán de Barcelona impera una violenta y detestable disciplina que tendrá que padecer durante cinco años. Humillaciones y vejaciones se suceden hasta que consigue evadirse de esa terrible cárcel o «*bagne*» como él lo llama. Al final de su atormentado periplo conseguirá llegar a París, donde empieza a estudiar y a escribir sobre su infancia rota acogido por sus tíos paternos.

El primero de sus libros, *Tanguy*, ve a luz en 1957; su argumento, fidedignamente autobiográfico, coincide con los episodios que hemos retrazado en las líneas anteriores. Desde entonces, Michel del Castillo no ha dejado de indagar sobre su infancia en cada una de sus novelas, de recomponerla una y otra vez, de novelarla y de revivirla literariamente.

La obra y la vida de Michel del Castillo están dominadas por la figura obsesiva de la madre, Cándida del Castillo -que aparecerá en sus ficciones bajo diversas denominaciones Clara del Monte, Dina, Fina, etc. El amor tan excepcional que el niño siente por su madre, de la que no puede permanecer separado sin sufrir atrozmente, contrasta con la doble personalidad materna de amor/rechazo hacia el niño y de su abandono sin contemplaciones. La infancia dura y precaria de Michel del Castillo como exiliado en Francia, acabará hecha añicos tras la pérdida definitiva y terriblemente consciente de su madre, a quien no volverá ver hasta 1955 en París. De este modo, en *Tanguy*, hay que hacer una clara distinción entre el momento en que el niño está todavía con su madre, aunque sea en el campo de concentración de Rieucros, y cuando sabe que está solo, en el de Mauthausen. La historia está, sin duda, deformada por la perspectiva del niño y el hecho clave de la separación-abandono. Una cita de *Les Portes du Sang* explicita este aspecto:

Je revois le gosse, maigre à faire peur, avec des yeux magnifiques et un sourire qui vous serrait le cœur. Bizarrement, il rayonnait de bonheur. La baraque, les barbelés, les gardes, il ne voyait pas cet univers avec nos yeux. Il ne voyait que sa mère, vivait collé à elle, pendu à ses jupes. Tous deux restait des heures sur la paillasse, penchés sur leurs livres et leurs cahiers. (Castillo, 2003 :254-255)

A Tanguy le tocará vivir la misma experiencia de deportación que al personaje de Jorge Semprún; en primer lugar el atroz viaje, cuya dureza es narrada ampliamente en un capítulo de la novela, y que evoca ese mismo largo viaje descrito por Semprún, años más tarde en *Le grand voyage*, con la añadidura de que aquí el convoy está formado exclusivamente por niños. Viaje que dura cuatro días y cuatro noches de locura, de sed, de hambre, de angustia, de soledad, de desesperanza, y de miedo. Los cadáveres de los niños que morían iban siendo arrojando a las vías del tren.

Al campo de Mauthausen fueron a parar más de 15.000 españoles, la mayoría exiliados en Francia que fueron hechos prisioneros tras la derrota francesa. En un primer momento, los alemanes no sabían qué hacer con ellos y hasta pensaron en enviarlos a España; pero Franco fue tajante en este sentido al no querer que el país se le llenara de “rojos”. Por tanto, fueron a parar a este tipo de campos, que no eran de exterminio, pero sí lo bastante duros en cuanto a sus condiciones de trabajo y de vida especialmente por el poder interno que ejercían algunos presos criminales escogidos por los propios nazis.

Gunther, el amigo y protector del joven Tanguy, no solo cuida de él sino que también le ayuda a no sucumbir al odio que siente nacer hacia los capos y los guardias del campo, hacia los otros niños que le pegan o los deportados sin escrúpulos. Gracias a la perspectiva del niño y a la neutralidad de su mirada se descompone el mal que existe a su alrededor. Contempla a víctimas y a verdugos con la misma mirada resignada: no juzga, no condena; se limita a amar y a suscitar el amor de los otros. Su pacifismo nace de una constatación aprendida en su corta experiencia, que en una guerra no hay ni vencedores ni vencidos, solo víctimas y verdugos. Michel del Castillo se decanta claramente por las víctimas, pero es obvio para que haya víctimas tiene que haber en contrapartida verdugos. Aun así la línea que separa a víctimas y verdugos en la novela de Michel del Castillo es difusa, y lo será en toda su obra. Es como si, a propósito, se buscara exculpar al verdugo ¿Qué se esconde tras esta persistencia en no querer culpar? En este sentido vemos, sin duda, en la novela *Tanguy* una influencia del Dostoïevski de *Pauvres Gens*, pero también una necesidad de no señalar al verdadero verdugo. Si Tanguy no encuentra responsables a tanta barbarie es porque no puede designar ni odiar al primero de todos: su propia madre.

Inmerso en unos acontecimientos que sacudieron Europa –la Guerra Civil, la Segunda Guerra Mundial y la posguerra de la España franquista– y que apenas alcanza a entender, el niño se ve arrollado por una violencia inaudita y descomunal. Las guerras y

la represión son el pretexto y el contexto de una dramática infancia que estalla en mil pedazos:

[E]sos acontecimientos, no los he vivido, tan solo los he padecido. No soy un testigo: he cruzado la guerra como un ciego, ausente de mí mismo, arrastrado por la corriente” (Castillo, 1957:19).

En este sentido *Tanguy* también pone el acento en la incompreensión de todo lo que está pasando, y que hace extensible a toda esa época, a través de la frecuencia reveladora de palabras como “stupeur”, “étonnement” en la novela.

La escritura de Michel del Castillo convierte en autobiográficas todas sus novelas, pero también lo contrario pues el autor confiesa que acaba novelando su propia infancia para poder recomponerla y hacerla vivible. Realidad y ficción están íntimamente ligadas en sus textos en una suerte de osmosis. Cabe destacar que su escritura nos aporta siempre un testimonio de amor, el del niño perdido en su infancia, que busca ser amado por encima de todo, incluso por sus propios verdugos más que por los otros.

3. Conclusión.

Retomando las palabras de la ensayista francesa Rachel Ertel, terminaremos concluyendo que la escritura testimonial «es a un tiempo un doloroso esfuerzo de anamnesis y de videncia, que mezcla recuerdos reales e imaginarios, con lo nunca visto, lo nunca dicho». Dentro de poco desaparecerá la literatura testimonial de los campos nazis tal y como la conocemos. Está a punto de hacerlo, pues ya no quedarán testimonios directos, ya sea en bruto o elaborados literariamente, de supervivientes directos.

La memoria más larga en agotarse será la judía, los últimos testigos son por ahora los niños que apenas contaban con cinco años. La humanidad tendrá entonces, como decía la autora citada, que mirar la Shoá como lo nunca visto y lo nunca dicho. Y esta labor recaerá de pleno en la creación literaria.

La pregunta que podemos hacernos es si será posible poder contar y entender ese pasado sin haber sido testigos directos, sin haber tenido ningún lazo vital con esa realidad ni ya con esa generación que se acaba. Por supuesto, los libros de historia o de sociología transmiten los sucesos acaecidos; pero la literatura, los poetas y los novelistas, deben también apropiarse de la Shoá como patrimonio de la humanidad. La

escritura testimonial, como subgénero, está a punto de dejar paso a la escritura de ficción que debe resucitar lo que hay de vida en esa ingente muerte.

En este sentido creemos que la literatura recogerá con creces el testigo y se apropiará definitivamente de esta memoria hasta en sus mínimos detalles. Sirva de ejemplo el autor bilingüe franco-norteamericano Jonathan Littell, premio Goncourt en 2006 por su novela *Les Bienveillantes* imponiendo a bocajarro el punto de vista del verdugo nazi (Max Aue) y de la banalidad que puede conllevar el mal. Y de nuevo en *Le sec et l'humide*, de forma original y novedosa; pues no da voz a los muertos ni a los mudos de la deportación, tampoco a la memoria de una resistencia sino que lo hace desmenuzando el lenguaje de la propaganda nazi del general Degrelle de la SS⁵. Análisis lingüístico y ajuste de cuentas al mismo tiempo con el personaje histórico. Una incontrolable proliferación de imágenes, estrategias léxicas y retóricas que Littell se empeña en desmontar semánticamente para mostrar la estructura del pensamiento nazi y poder reanudar con el discurso verdaderamente humanista.

La Shoá demuestra con fuerza que su recuerdo es imperecedero e imborrable, como no puede ser de otra manera. Es el momento de tejer el tiempo que pasa con el hilo de la escritura para que el horror de lo vivido se encarne en literatura universal.

Bibliografía:

CASTILLO, M. del (1957), *Tanguy*, Juillard. 1995, *Tanguy. Histoire d'un enfant d'aujourd'hui*, Gallimard.

CASTILLO, M. del (2003), *Les Portes du sang*, Seuil.

DAVIS, C. (1999), «Littérature de l'holocauste et éthique de la lecture », *Étude Littéraires*, 31, nº3, p.57-68. [<https://www.erudit.org/fr/revues/etudlitt/1999-v31-n3-etudlitt2266/501245ar/> consultado el 25-9-2017].

ERTEL, R. (1993), *Dans la langue de personne. Poésie yiddish de l'anéantissement*, Seuil.

LEVI, P. (1947), *Si esto es un hombre*, el Aleph. 2003 (6º ed.).

LITTEL, J. (2006), *Les Bienveillantes*, Gallimard.

LITTEL, J. (2008), *Le sec et l'humide. Une brève incursion en territoire fasciste*, Gallimard.

⁵ - Oficial belga condenado a muerte en su país por luchar junto a Hitler, refugiado en la España de Franco y mantenido hasta su muerte en 1994 en libertad en la España de la democracia, bajo el nombre de José de Ramírez Reina. Autor en 1949 del libro *La campaña de Rusia*.

- PEÑALVA COLOMERA, N. (2007), «Aproximación al estudio de la experiencia concentracionaria: la muerte», *Enrahonar*, 38/39, 117-123. [<http://revistes.uab.cat/enrahonar/article/view/v38-penalva>, consultado 3-10-2017]
- SEMPRÚN, J. (1964), *Le grand voyage*, Gallimard.
- SEMPRÚN, J. (1994), *L'Écriture ou la vie*, Gallimard.
- SEMPRÚN, J. (1980), *Quel beau dimanche!*, Grasset.
- SEMPRÚN, J. (1986), *La Montagne blanche*, Gallimard.
- SEMPRÚN, J. (2001), *Le mort qu'il nous faut*, Gallimard.
- SEMPRÚN, J. (2005), "El Holocausto 60 años después", *El país semanal*, 23-01-2005.
- WIESEL, E. (1956), *La Nuit*, Minuit. 2007.
- WIESEL, E. & SEMPRUN, J. (1995), *Se taire est impossible*, Mille et une nuits.